

—Quiere decir que la familia de Susana, de aquella Susanita que visito de cuando en cuando, me cogió en Catedral cuando mas embobado estaba yo mirando la concurrencia.

—¿Y bien?

—Qué me salí del brazo con la muchacha.

—¿Y en seguida?

—En seguida dijo D^{ca} Luz: —Pues niñas, lo que es yo, estoy muy cansada y ya no quiero ver monumentos. —Ni nosotras tampoco, contestaron las muchachas. —Irémos á la plaza, les propuse yo. —No: hay mucha gente y nosotras necesitamos sentarnos. —¿Quieren vdes. tomar algo? les pregunté, poniéndome frio. —Vamos mamá, siquiera servirá de que nos sentemos á descansar:

Y nos fuimos al café de Fulcheri ¿comprendes ahora mi desgracia?

—¿Por qué ha de ser desgracia?

—Porque éramos siete, y todo mi capital no llegaba á dos reales

OCURRENCIAS.

—Caballero, caballero, dispense usted: es mi mujer esa á quien está usted dando el brazo.

—Mil perdones: yo creí que era mi amigo Carlos. . . por aquello de los buenos bigotes, agregó por lo bajo.

—¿Por qué me has echado al mundo, mamá? Yo estaría mejor en el vientre de papá.

MANIA DE CONJUGAR.—El juez.—¿Como se llama usted?—El reo.—Yo me llamo, tu te llamas, él se llama, nosotros nos llamamos.

—¿Dónde estuvo usted ayer?—Yo estuve, tu estuviste, él estuvo.

El juez.—¿Quién mató á ese hombre?—Yo lo maté, tú lo mataste, él lo mató.

¡El interrogado á quien se aprehendió cerca del cadáver era un loco!

EPIGRAMA.

Dióle Pedro un pisoton
A Juan, cierta vez en misa,
Y él, colérico y de prisa
Gritó: —¿jijo del melon!
Pedro respondió de cuajo
Al mirarse en tal aprieto:
—Aquí se habla con respeto,
¡Y acabó con un tasajo!